

# LA NUEVA MASCARA DEL DEMONIO

Para LULI, compañera de horrores

**R**ECONOZCO que soy un entusiasta incurable de las películas de terror. Más o menos disfruto con todas, desde las fantasías de Murnau, Whale o Jack Arnold hasta las envaradas caracterizaciones de nuestro Paul Naschy, pasando por los estremecimientos infinitamente inteligentes de Hitchcock. Esta afición me ha propinado últimamente unas cuantas películas de posesión diabólica y exorcismos que, sin ser de lo más sutil del género por el momento, no carecen de encanto. Quizá el tema, cuando caiga en manos de un talento superior, dé para más. Debo admitir que la película que ha desencadenado esta serie, «El exorcista», es francamente mala; mala desde el punto de vista —que es el mío— de un aficionado al género que prefiere «La novia de Frankenstein» a todo Antonioni y a todo Godard juntos. Es un producto mediocre, aburrido y nulamente ingenioso: pero indudablemente ha aportado a la mitología del terror filmado una serie de mitemas que no van a desaparecer de la noche a la mañana. Junto a la capa y el ataúd del Conde o la luna de Talbot perdurará la jovencita que habla con voz cavernosa, sufre una escalofriante degradación física y vomita abominables jugos verduscos. La fuerza de esta creación no reside en el escaso talento del guionista o del director del film, sino en la del Maligno, que accede finalmente a hacerse presente a través de ellos. Olvidado su nombre y su silueta, pero más presente que nunca por su influjo, Satán preparaba su «reentré». Desacreditada la misa negra (por la paralela decadencia de la blanca), es en los cines donde se celebra el culto sacrilego y el antiguo enfrentamiento maniqueo. El retorno del infernal exiliado se ha parecido un poco al de esos viejos desterrados españoles que vuelven ahora a la patria: todo el mundo se alegra de que sigan vivos, pero todo el mundo se siente un poco defraudado: «¿Así que éste era el terrible?...». El demonio vuelve: ¡algo tendrá que decirnos! Incapaz de desentrañar los aspectos teológicos del asunto, campo que cedo a la erudición de mi amigo Miret Magdalena, me gustaría señalar algunos de los rasgos diferentes que he advertido en esta nueva máscara del demonio, parcialmente distinta a las advocaciones tradicionales de Satán. Me baso para ello en las tres películas que conozco personalmente de este género: «El exorcista», de Friedkin; «Poder maléfico» y «El anticristo», de Alberto de Martino. «La semilla del diablo», de Polanski, pudiera servir de lejano punto de referencia. Naturalmente, dejo de lado los aspectos estrictamente cinematográficos —el es que existe tal cosa— para las personas competentes en

«Hay veces en que a nadie vemos, y oímos, sin embargo, el siseo de la faena diabólica, y es como si alguien cantase en voz alta un cantar. Y se nos acercan los demonios como si vinieran de lejos y empiezan a pronunciar palabras destinadas a debilitar el entendimiento del pusilánime: "Sobre la creación impera hoy la ley de que amemos la desolación, pero fuimos incapaces por la voluntad de Dios de entrar en nuestras casas cuando llegamos para hacer lo justo". Debemos, por eso, estar alerta y no dar oídos a sus palabras, aunque sean las suyas palabras de verdad. Pues sería una vergüenza que llegasen a ser nuestros maestros precisamente los que se rebelaron contra Dios».

(SAN ANTONIO, ERMITARO.)

## Fernando Savater

la materia. Vamos directamente al mito, que es lo interesante.

Lo primero y más digno de subrayar de la vigente imagen del diablo es que su ataque se produce sin que nada en la conducta previa

de su víctima lo justifique. No hay por ninguna parte ni tentación ni culpa: el nuevo demonio es amoral. Lo que hace víctima de él no es el pecado, sino la debilidad: se apodera de una niña inocente,



Olvidado su nombre y su silueta, pero más presente que nunca, Satán prepara su «reentré» («El aquelarre», de Goya).

de una mujer embarazada, de una parálitica... El mismo hecho de que elija siempre mujeres subraya este carácter de fragilidad que provoca la venida del Malo; un hombre parece que exigiría enfrentamiento, lucha, elección: cuando el demonio deja a la niña y se hace con la mente del cura, en «El exorcista», éste logra arrojar por una ventana y librarse de él. Toda la sutileza del diablo clásico le venía de su radicación en el campo moral: el demonio era inteligente, porque tenía que seducir a una voluntad libre... Ahora le basta con ser brutal o tenaz, pues su tarea es aprovechar las fisuras de un ánimo débil. Ya no es el Gran Tentador, sino el Gran Invasor: se desencadena como el pedrisco y arrasa todo aquello que no está sólidamente protegido o no tiene raíces fuertes. Acabó el diablo conversador, razonador, sofista, que dedicaba su tiempo y su paciencia infinitos a convencer al orgulloso de que le convenía dar rienda suelta a su orgullo o al casto de que había cosas más preciosas que su castidad. Uno añora aquel Lucifer propenso a los torneos dialécticos, que amenizó las horas santas de Antonio en el desierto o al Belzebú impuesto en patristica que razonaba teológicamente con Lutero. El diablo siempre supo ser refinado psicólogo, como exigía la inmortal complejidad de la presa que codicaba: caballeroso y calculadamente vulgar con Fausto, podía adoptar formas horripilantes si era el coraje la virtud que había decidido asediar. Pero el juego siempre estaba planteado a nivel moral: se trataba de hacer pecar, no de dar náuseas. Desentendido de la ética, el demonio actual parece especialista en dispepsia y forzado del retortijón.

Una vez que ha logrado apoderarse de su víctima, el demonio se entrega a actividades no menos carentes de sutileza que lo fue su invasión brutal de un inocente. Lleva a cabo, en primer término, una radical demolición del cuerpo que le hospeda; pero una demolición de los aspectos, digamos, apolíneos de dicho cuerpo: lo deforma, lo retuerce, lo mancha, le pone la cabeza al revés, le convierte en fuente de vómitos y fetidez... En una palabra, le impone todo aquello que alarma al concepto acabado, bien formado y estable que el ciudadano de la civilización altamente técnica tiene de su cuerpo. El cuerpo siempre está amenazado por la descomposición, por la deformación: hay que conservarlo joven, terso, sin grasa ni arrugas, bronceado, con cabello llimpio, inodoro, ágil, duro... Esto es lo sano, lo que Dios manda; pero luego llega Lucifer y abre ese cuerpo cerrado, lo hincha, lo despedaza... En una palabra, lo transforma en un cuerpo dionisiaco. Naturalmente, la mujer está más amenazada por esta transformación que el hombre. El



Lo más digno de subrayar del «new look» cinematográfico del diablo es que su ataque se produce sin que nada en la conducta previa de la víctima lo justifique. (Fotograma de «El exorcista», de Friedkin.)

cuerpo femenino es ya de por sí mucho menos apolíneo que el varonil, peligrosamente propenso al abultamiento, a la ondulación, a los flujos malolientes y, horror de los horrores, al embarazo. Por ello, la propaganda civilizada trata de conjurar especialmente los espantos que acechan en el cuerpo femenino, a fuerza de fajas represivas, desodorantes, maquillaje, cirugía plástica y demás exorcismos. Las mujeres procuran que no se les note mucho el parentesco con la bacante; aspiran a un cuerpo tan bruñido, acorazado y funcional como el del hombre. Sueñan con un cuerpo «de negocios», con un cuerpo con cartera de ejecutivo, aunque con «chic» femenino y perfume francés. Muchas de las proclamas austeras de la menos inteligente —y más extendida— liberación (?) femenina contribuyen a reforzar esta aspiración de la mujer a la funcionalidad de la que, más mal que bien, algo la rescataba su tradicional carácter de «objeto lujoso». He leído incluso defensas del aborto por motivos estéticos, refrendo del espanto que produce ese barrigón dionisiaco que es, mientras no se invente otra cosa, lo más amenazador y subversivo que la mujer puede aportar a la liberación de ambos sexos. Pero ya Huxley previó en su «Mundo feliz» la generalización del horror apolíneo a parir y la glorificación



Para Papi, el diablo se salvará al final de los tiempos, pues en lo más hondo nunca ha sido sino la faceta más inescrutable de Dios.

del amor «libre» de adultos «sanos», que hace del cuerpo un elemento definitivamente abstracto. De modo que Satán es el gran liberador de la mujer, en cierto sentido, el que de verdad acaba con el rígido cuerpo apolíneo de la mujer-objeto y con el cuerpo mili-

tanta y funcional de la mujer-sujeto; él la posee, la hace trepidar y la lleva, preñada y jadeante, hasta su oscura cúspide. Como era de esperar, a la mujer no la puede librar la mujer, ni mucho menos el hombre, sino el Espíritu...

Como siguiente paso, el demonio se entrega con entusiasmo a, literalmente, todos los excesos, a los peores excesos. Rompe mobiliario, provoca tormentas, aúlla obscenidades en varias lenguas, da brincos, levita, hace prodigiosas demostraciones de fuerza: ¡es una verdadera exhibición de indomable energía! El demonio no oculta su parentesco con el derroche, con la dilapidación; todo lo tira, nunca ahorra: para él, todo es desperdicio. Gasta sin mesura el aliento de los pulmones, la comida, los objetos de uso, las modestas o suntuosas riquezas con las que los hombres amueblan sus vidas. Antes, cuando se dedicaba a tentar, cumplía al menos un papel en la burocracia celestial; ahora se pasa el día en la cama, sin pegar golpe o, mejor, pegando golpes donde no debe, desordenadamente, destructivamente. Los endemoniados se definen fundamentalmente porque son improductivos, pero no pasivos; no hacen nada, en el sentido en que «hacer» equivale a fabricar algo, pero despliegan una actividad prodigiosa: son... ¡como niños! Son

juguetes en garras del demonio, que se pasa los días jugando con ellos a juegos indescifrables. Todos los intentos curativos de los endemoniados comienzan por atarlos, por intentar inmovilizarlos, para que dejen de romper y dilapidar; luego se intenta hablar con ellos de modo ordenado, según el método encorsetador de preguntas y respuestas, que excluye el alarido y la divagación, manifestaciones típicas del poseso. Pero de este modo se entra, ciertamente, en el juego del demonio, que quiere exhibirse, tener público ante el que practicar sus emponzoñadas habilidades. Las endemoniadas disfrutan sorprendiendo, horroizando, escandalizando: la posesión diabólica tiene vocación extrovertida. Cuando, los aterrados familiares y los baqueteados curas abandonan la habitación del endemoniado, le dejan solo y aburrido, medio letárgico; en cuanto vuelven, el maldito revive jubilosamente. Esta vocación exhibicionista de Lucifer es otra faceta de su carácter derrochador y lujoso.

Llegamos a la figura que logrará derrotar a Satán y hacerle devolver su presa: el exorcista. Obviamente, tiene que ser alguien vinculado con el ámbito numinoso al que el propio demonio pertenece: médicos, policías, psicoanalistas, etcétera, fracasarán de modo rotundo ante una entidad que pertenece a otro mundo, a un mundo que les está vedado. Esta vinculación con el más allá puede venirle al exorcista de su profesión sacerdotal o —caso de «Poder maléfico»— por un pacto faustiano con el diablo. Analizaré el primer tipo solamente, por ser el más frecuente y significativo. Para luchar contra el demonio no sirve cualquier sacerdote; en casi todas estas películas aparece la figura del cura de fe vacilante, reblandecido por la mollicie pecaminosa de la vida moderna y por el relajamiento posconciliar, que no logra ser contrincante digno de Satán. Por el contrario, la figura del exorcista se nos presenta austera e inconfundible, sin concesiones ni dudas: es el cura de una sola pieza, el perfecto maniqueo que considera el Mal como lo absolutamente otro. Los curas modernos van aceptando en cierto grado la necesidad del Mal, piensan —como Orígenes y Papi— que el diablo se salvará también al final de los tiempos, pues en lo más hondo nunca ha sido sino la faceta más inescrutable de Dios... Por eso Cristo enseñó a rogar a Dios: «No nos induzcas en tentación», indicándonos que Dios no puede tener Enemigos y que Satán no es sino la forma más oscura de su misterio. El exorcista, en cambio, opone inexorablemente la Luz a la Tiniebla y no tiene fisuras en su coraza por donde pueda penetrarle el humo de Lucifer. Está más allá de toda duda o flaqueza: es, en una palabra,

# Sólo nosotros llegamos a América por 12 caminos distintos

## ¿Por qué esperar en un sitio si se quiere ir a otro?

A los ingleses nos gusta viajar. Y a los ingleses nos gusta ir al grano. Lo hemos estado demostrando (poniéndonos más o menos pesados) toda la vida.

Por eso, si queremos ir a Ciudad de México, vamos a Ciudad de México. Y, si queremos ir a Nueva York, vamos a Nueva York.

Pero, si queremos ir a Miami, vamos a Miami. Nunca a Nueva York. Y lo mismo, cuando queremos ir a Boston, Chicago, Los Angeles, Filadelfia, Detroit, Washington, Anchorage, Montreal y Toronto. ¿Para qué pasar por Nueva York? ¿Para perder medio día en el aeropuerto?

¿Le ha pasado a usted alguna vez algo muy divertido en un aeropuerto?



## British airways

En todo el mundo estará en buenas manos

## LA NUEVA MASCARA DEL DEMONIO

fanático. Sólo el fanático no se deja contaminar por la orgiástica seducción, mezcla de horror y atractivo, que se desprende de las contorsiones de la endemoniada: sólo él no cede a la debilidad de reconocerse cierto parentesco íntimo con la posesa... Pues por aquí es por donde fallan los otros, que no logran ver la posesión diabólica como un estado absolutamente diferente, sino como la radicalización de cierta tendencia reprimida, quizá incluso más necesaria e irrefutable que el llamado Bien.

No sé hasta qué punto mi discreto lector considerará relevante la precedente meditación luciferina. Yo, sin embargo, vislumbro algunas conclusiones significativas sobre el estado mítico de la sociedad en que sufrimos. No ha faltado quien haya achacado este retorno del demonio al «irracionalismo creciente», que tiene anchas espaldas. Mi opinión es exactamente opuesta. Estas películas materializan los monstruos engendrados por el sueño de la razón, no los desvarios de la sinrazón. Aquí podríamos enunciar algo así como «el principio de razón insuficiente», según cuya fórmula la razón que ha excluido de su ámbito todo lo inverificable o informalizable, produce una cantidad de sinrazón incontrolable directamente proporcional a la rigidez de sus exigencias de verificabilidad y formalismo. O, para decir lo mismo de otra manera: el retoño más indeseable del obtuso materialismo contemporáneo es el delirante y supersticioso espiritualismo contemporáneo. Ya nadie puede dar cuenta del mal: perdido el campo ético, en el que la transgresión se inscribía como necesaria en términos absolutos, pero

combatible a nivel individual, el mal se ha convertido en el puro absurdo que llega nadie sabe cómo de nadie sabe dónde. El Enemigo es malo y hace el mal, pero como no tenemos moral ninguna según la cual juzgarle y juzgarnos, cualquier actitud que tomemos frente a su ataque colabora con él: esta es una descripción abreviada y sin ilusiones de la política actual en el mundo.

El demonio es sucio, retorcido, derrochador y juguetón; no para de hacer cosas, pero jamás trabaja. En el fondo de nuestro horrorizado corazón descubrimos agazapada nuestra simpatía por tan censurable comportamiento. No podemos negarlo: en cierto modo, ya estamos poseídos por él... Su aspecto nos horroriza, sin duda: ¡qué terrible degeneración han sufrido nuestros deseos reprimidos durante su encarcelamiento! ¡Qué poco se parece el espeluznante Angel Caído al hermoso Luzbel! Sólo su perentoria energía prueba que son el mismo. Pero pese a estar convencidos de nuestro parentesco con la mueca del diablo, seguimos luchando frontalmente contra él. Cuanto más adopta el rostro de nuestra utopía o nuestra necesidad, más decididos estamos a eliminarle definitivamente. Nosotros estamos demasiado infectados de duda y nostalgia para poder vencerle; será preciso que recurramos al fanático de hierro, inasequible al desaliento y a la seducción de la decadencia, para que formule convenientemente el exorcismo que nos deje purificados y sometidos. Satán, en hebreo, significa «el perseguido»: ¿acaso no es ese el nombre secreto de cada uno de nosotros? ■ F. S.



El hecho de que el nuevo diablo elija siempre mujeres subraya ese carácter de fragilidad que provoca la venida del Malo. (Mia Farrow, en «La semilla del diablo», de Polanski.)

PARA LOS  
ESPAÑOLES DEL  
FUTURO:  
LACTANCIA  
NATURAL  
Y  
HERMANO LOBO



# HERMANO LOBO

LA REVISTA DE HUMOR  
SIN ADULTERACIONES